

RECENSIONES

GIMENO SACRISTÁN, J. (2005). *La educación que aún es posible. Ensayos acerca de la cultura para la educación*. Madrid: Morata, 183 pp.

El profesor Gimeno Sacristan publica este libro, compuesto –al modo anglosajón– por un conjunto de ocho ensayos, la mayoría publicados en diversos medios y revistas, que dice son originales “en el sentido de que cada uno de ellos tienen su propio origen”. Las anteriores obras del autor, además, habían sido originales en el sentido de inéditas. Nada tiene que objetar que ya hayan sido publicadas, máxime cuando algunas no son fácilmente asequibles, excepto la novedad que puedan tener para el posible lector. En mi caso, desconocía tres (“La educación en la sociedad de la información”, “Propuestas de directrices para el desarrollo del currículum basado en el derecho a la educación”, y “¿Cuál es nuestro credo pedagógico?”). Por su parte, el título –afortunado o sugerente– del libro deja entrever una cierta melancolía (otras formas no serían posibles o han quedado irremisiblemente abandonadas en el camino), al tiempo que caben aún posibilidades reales, sin caer en la resignación de la globalización o mercantilización del espacio público.

El final de milenio nos ha dejado un tanto desengañados de la racionalidad y bondad del sueño emancipador del cambio que la modernidad asignó a la educación. Si las grandes metanarrativas, que daban identidad al proyecto educativo de la modernidad, han sufrido un debilitamiento de las bases ideológicas que lo sustentaban; tampoco las alternativas divisadas en el horizonte son caminos expeditos por los que se haya de transcurrir en el futuro. Más bien, por ahora, lo que sabemos es por dónde no conviene caminar. De ahí la necesidad de oponerse a los renovados discursos de la calidad, procedentes de la ofensiva neoliberal, que substraen la educación de la esfera pública moderna para situarlo como un bien de consumo privado. Mientras tanto, cabe recluirse en el análisis sociológico de las tendencias presentes (globalización, sociedad de la información, etc.) y, en su función, hacer propuestas deseables por las que debieran discurrir las acciones educativas futuras.

El hilo conductor –dentro de la diversidad que significa piezas yuxtapuestas en tiempos distintos, con propósitos, públicos y temáticas diferenciadas, producidos *ad hoc*– viene a ser el telón de fondo que configura un pensamiento coherente del autor en la preocupación por la cultura de la escolaridad, su lógica y su contenido. Dice el autor que estos textos justifican su agrupación por encarnar la idea de “impulsar un proyecto para la escolaridad que se realiza hoy en un contexto social y cultural particular: proyecto que reclama un gran esfuerzo para que las instituciones se reinventen a sí mismas y puedan sostenerse gracias a un contrato entre los agentes educativos” (pág. 10). La educación para el futuro ha de reinventarse sin fantasías futuristas ni miradas melancólicas, basta apoyarse en las mejores tradiciones y prácticas educativas. El marco dibujado, como refleja casi fielmente el cuadro de la cubierta de Aurora Valero, es un cierto archipiélago, eso sí, debidamente conectado. Ello me obligará, en esta breve reseña, a hacer una reseña de cada uno de los capítulos, en lugar de un tratamiento unificado. En cualquier caso, calificar como capítulo primero las tres páginas de la introducción al libro no sabemos a qué propósito responde, a no ser exigencias editoriales para incrementar el número de capítulos, lo que no tendría sentido, pues podría haber permanecido simplemente como introducción.

Una Primera Parte (*Grandes rasgos de la sociedad y de la cultura para un modelo formativo*), compuesta de tres trabajos: el ensayo (“El significado y la función de la educación en la sociedad y cultura globalizada”) publicado en el monográfico de la *Revista*

de Educación (2001) dedicado a "globalización y educación", a cuya configuración contribuí con Rogelio Blanco; junto al trabajo "La educación en la sociedad de la información. La orientación de un nuevo discurso", procedente de un curso de doctorado en la Universidad de Córdoba; seguido de "Del humanismo y de las humanidades en educación", una ponencia presentada en la Universidad Internacional de Andalucía en 1998. En conjunto, viene a reflejar Gimeno, las nuevas coordenadas obligan a replantear las metas y contenidos de la educación. El primero, escrito bajo el síndrome del brutal atentado contra las Torres Gemelas, analiza la globalización vinculada al neoliberalismo, a las TIC y a la sociedad de la información, lo que obliga a resituar el papel de la educación al tiempo que trastoca los grandes ejes sobre los que se ha montado la modernidad. La globalización, con sus contradicciones y ambivalencias, plantea retos nuevos para la educación. Si creemos que ésta debe servir a un proyecto de ser humano y de sociedad, tendremos que aprovechar las posibilidades y afrontar los riesgos de la globalización formando a sujetos que la puedan reorientar. Algo similar acontece con la llamada "sociedad de la información", cuyos múltiples significados analiza, que plantea nuevas agendas y tareas para la educación, tal como fue entendida en la modernidad. Por último, el capítulo dedicado a "Las humanidades en educación" se sitúa en la polémica generada en el primer gobierno del Partido Popular, con motivo de la escasa presencia de las Humanidades (especialmente la Historia) en el currículum de la LOGSE. No obstante, estima, el debate de fondo puede seguir teniendo sentido, en la medida que dilucida la configuración del currículum y el lugar de las disciplinas en una educación comprensiva.

El texto elaborado para unas Jornadas sobre Bibliotecas Escolares de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez ("La importancia de desescolarizar la lectura en las sociedades de la información") compone el único capítulo de una Segunda Parte, que titula *¿Con qué herramientas entran nuestros alumnos en la sociedad de la información?*. Si bien es importante analizar el lugar de la lectura en los jóvenes y repensar su lugar en la sociedad de la información, parece excesivo que, con ello, se componga el cuadro de las herramientas con que cuentan los alumnos en la sociedad actual. Sin embargo, es un buen trabajo, en especial por el análisis de recomponer las funciones de la lectura y la biblioteca en el marco expandido de la sociedad de la información, por lo que demanda "cambios en escuelas, bibliotecas y en cualquier otro ámbito de lectura, cuando las redes de la información se multiplican y se interrelacionan". En efecto, "las nuevas redes de acceso al conocimiento desbordan los patrones de domesticación que en las aulas y bibliotecas se han hecho de la lectura. La duda radica en si las aulas serán capaces de reescolarizar la lectura tomando las posibilidades que se abren" (pág. 104).

La Tercera Parte (*La articulación de un proyecto educativo para una enseñanza relevante y valiosa desde el punto de vista de los sujetos*) la componen cuatro ensayos, dos de ellos (al parecer) inéditos. El primero de ellos ("El currículum como texto de la experiencia. De la calidad de la enseñanza a la del aprendizaje"), con la analogía de la partitura e interpretación de la música, que ya utilizara Ben-Peretz para los libros de texto, el currículum es un texto cuyo valor dependerá de los intérpretes y de los instrumentos, de modo que puedan provocar las experiencias deseadas. "Poner demasiado énfasis en el texto y no prestar atención a las condiciones y agentes de la ejecución es desnaturalizar el valor y poder del texto", señala. En el capítulo "Propuesta de directrices para el desarrollo del currículum basado en el derecho a la educación") se trata de tomar los derechos universales como base para un acuerdo sobre el mínimo común para el currículum básico. Se trata de extraer las implicaciones o derivaciones que tiene para la educación las declaraciones de derechos humanos, así como los principios que debieran regir el diseño y desarrollo del currículum. En analogía con *Mi credo pedagógico* de John Dewey (parece extraño citar como traducción ¿primera? al español una publicada por la Universidad de León en 1997, aun cuando esté editada en inglés y español J. y F. Beltrán con traducción de Fernando Beltrán con motivo del centenario, olvidando que ya lo hicieran Domingo Barnés o Lorenzo Luzuriaga) titula el capítulo VIII "¿Cuál es nuestro credo pedagógico?".

Por otra parte, resulta un tanto excelso recurrir a este venerable título, con riesgo de profanarlo con las estadísticas de lo que se piensa sobre la educación o con las propuestas obvias de una buena educación (por ejemplo, los contenidos han de ser comprensibles y atractivos para los alumnos). El último ensayo, que no encaja con la problemática tratada hasta ahora, se justifica con el título "Nos habíamos olvidado del *alma mater*". Se trata de un análisis de las implicaciones del Crédito europeo en la enseñanza universitaria con motivo del llamado proceso de convergencia europea, elaborado para la extinguida UCUA andaluza. En él analiza las posibilidades de renovación que se abren al tiempo de que quede sólo como un cambio nominalista o meramente estructural.

Sin embargo, al final, nos quedamos sin saber del todo claro cuál es "la educación que aún es posible". La respuesta a este enfático título es que el papel de la educación ha de redefinirse en el nuevo contexto sociocultural (globalización, sociedad de la información, etc:), donde ya las escuelas no pueden funcionar más como si estuvieran solas, perdido inevitablemente el monopolio de la información y la educación. Para ello, aconseja, no hay que lanzarse a inciertos futuribles, basta apoyarse en las mejores tradiciones y prácticas educativas. Mientras tanto, seguramente, es prudente que "ni las esperanzas deben sobrevalorarse ni el fracaso o la crisis generalizarse" (p. 146). Los puntos del "contrato" en "mi credo pedagógico" son demasiado obvios como para no aceptarlos.

Antonio **Bolívar Botía**